

PELICULAS

Novela Semanal



El Idolo del dia

*Por Creighton Hale
y Judy King*

25
CTS

PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 3 :: 25 CTS.

Argumento novelado de la preciosa
comedia sentimental de ambiente

* * * moderno titulada * * *

El idolo del día

interpretado por la monísima estrella
JUDY KING y el simpático actor
esportman GREIGHTON HALE

EXCLUSIVAS PROCINE
Clarís, 71, bajos :-: Barcelona

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA



PRIMERA PARTE

Renovarse o morir: He aquí el lema de nuestros días. No adelantar es retroceder, dentro del dinamismo imperante en la actualidad. El invento sensacional de ayer queda re'egado al olvido mañana por otro más potente, secuela del primero, y éste, a su vez, se verá obscurecido dos días después por otra nueva muestra del ingenio humano, ocupado incesantemente en nuevas y maravillosas creaciones.

Es nuestra época, la época de la actividad febril, agotadora y, permitásenos la frase: «descoyuntante». El mismo charlestón no es otra cosa que un baile nacido del tiempo; hijo del ambiente. De aquí su arraigo.

El dinamismo lo invade todo... Su Majestad el Automóvil ha obrado el milagro de suprimir las distancias. Deja en las ciudades su penetrante este'a «aromática» y con una jactancia de «parvenu», de nuevo rico, lleva su ronco trepidar hasta las más alejadas comarcas, truncando la paz virgiliana de los campos.

Los protagonistas de esta historia, son dos

hijos de hoy, dos jóvenes a quienes el Destino mueve sus hilo con la natural vertiginosidad de la época.

Ella, en otro tiempo, se hubiese llorado Dolores; pero ahora, en nuestros días, el afán de correr llega hasta cortar los nombres para acabar más de prisa, y por eso se llama solamente, Loló. Loló Stover, es hija de un fabricante de coches de lujo, y por serlo, y porque su temperamento inquieto se lo pide se embriaga de velocidad al volar sobre las cintas ondulantes de las carreteras.

El es también otro entusiasta de la velocidad: Jenaro Brooks, estudiante, muy «bien» y muy bien peinado. Su libro preferido es el automóvil; un libro en el que cada día aparece más borrosa la palabra «distancia» en sus correrías alucinantes lleva siempre consigo a «Nanuk», su camarada y su «mascota», hermoso perrazo policía, que, impasible sobre su asiento, contempla como el paisaje huye de él y mira a su dueño cual si fuera un dios.

El día en que nosotros tuvimos el gusto de conocer a los dos protagonistas, (en justicia casi podríamos decir tres por la parte que en la acción toma Nanuk) los encontramos en plena borrachera de vertiginosidad. Ante ellos, la amplia carretera, como serpentina interminable, presentaba su plateada estela por do las alas de sus motores roncaban trepidantes, tragando kilómetros con voracidad insaciable. Ambos, a plena marcha, puesto el pie sobre el acelerador, entregábanse con deleite al dulce placer de correr sin fin ni objeto, por el solo placer de hacerlo.

Jenaro, consumado artista del volante, giró sobre su ligerísimo y diminuto 8 HP, pedía paso sin cesar. Ella, sin darse por vencida, seguía forzando la marcha, prodigando gas a todo pasto. Y en una revuelta, la orgullosa Loló, sufrió la amargura de verse vencida: el coche del joven pasó cual una exhalación, envuelto en una nube de polvo...

No tardaron en surgir los guardianes, verdaderos representantes de la «ley seca» en estas borracheras de velocidad. La pareja siguió tras los jóvenes y el coche de la hermosa se encontró bien pronto adelantado por los del orden.

—¿Va usted a apagar algún fuego, joven? —le preguntó uno de los guardianes.

—No voy a apagar nada, pero hago cuestión de amor propio el que nadie me adelante —replicó ella señalando al joven, a la razón perseguido por el otro motorista.

—Ese jovenzuelo será alcanzado también, señorita; a nosotros no se nos escapa nadie.

Pero dió la maldita casualidad de que Jenaro pasó a todo gas por delante de una casucha, sita al borde de la carretera, ante cuya puerta picoteaban tranquilos hasta unas veinte gallinas.

Tan rápida fué la llegada del auto que los pobres animalitos, cogidos de improviso, quedaron bajo las ruedas del coche.

Las que pudieron escapar alzaronse entre la nube de plumas con tan mala fortuna que una de ellas fué a parar sobre la cara del policía. El pobre hombre cayó al suelo llevando en sus brazos a la gallina y Jenaro, gracias

a los pacíficos animalitos, pudo apuntar en su haber una nueva hazaña.

Loló, con todo ello, estaba como vulgarmente se dice muerta de risa. El guardia, en cambio, al ver la burla de que su compañero era objeto, despedía venablos por sus ojos.

Llegó el otro, maltrecho y cubierto de plumas y todavía reía Loló como una loca.

—Yo creí—dijo con la santa intención de mortificarlo—que a la autoridad le estaba prohibido cazar gallinas.

—Si tiene muchas ganas de hacer chistes, puede ir pensando algunos cuantos para contárselos al juez—repuso ofendido el polizonte.

La proeza de Jenaro burlando a los agentes de tránsito le valió nada menos que ser paseado en hombros por sus compañeros de club.

—¿Sabes acaso—preguntó a uno de ellos—quién es una joven que venía conduciendo un «Stover» gris?

—La hija del fabricante de esa marca; por cierto, muy amiga mía.

—¿Podrías presentármela? Me interesa conocerla, porque es una verdadera artista de la velocidad. ¡Lástima que los del tránsito hayan logrado atraparla!

—La culpa es de su padre, por no dar a sus coches la velocidad que exigen los nervios de Loló.

—Pues mira, puesto que eres su amigo, te ruego que la invites a nuestro baile... Me da el corazón que ya he encontrado mi «alma gemela».

Y cautivado por la hermosura de la niña, tanto o más que por su comunidad de aficio-

nes, bajo la impecable raya del «as» de la velocidad comenzaron a bullir pensamientos de color de rosa.

II

Como en toda época de rápido cambio de costumbres, hay gentes que piensan como hoy y otras que piensan como ayer; a esta última categoría pertenecía el señor juez, enemigo declarado de los automovilistas.

En el momento de llegar Loló, el severo Poncio estaba juzgando a un comerciante cogido por los del tránsito.

Detrás de aquella causa vino la de la inquieta Loló, que no parecía preocuparse mucho por el duro semblante del juez. Se veía bien a las claras que la joven estaba ya acostumbrada a tales percances. En cambio, su padre, allí presente por haberlo llamado ella por teléfono, lanzaba unos resoplidos como para dejar en ridículo a un elefante.

—Cincuenta dólares, señorita, cincuenta pedazos de mi alma—dijo el comerciante al marcharse, mirando con cara compungida el tranquilo semblante de Loló.

—¡Miss Dolores Stover!

—¡Presente, señor magistrado!

—Se le acusa a usted de correr a una velocidad de cien kilómetros por hora.

—De ciento dos, señor... Mi carburador no estaba en buenas condiciones y por eso no he

podido llegar a los ciento veinte que necesitaba para dejar burlados a los guardias.

—Con esta son ocho las multas que se le imponen a usted por exceso de velocidad... Por esta vez pagará quinientos dólares, pero si vuelve a reincidir, la meteré en la cárcel sin contemplaciones.

Al oír la respetable cantidad el señor Stover quedó perplejo. De buena gana le habría dado a Loló una tanda de azotes en pleno juzgado de guardia. ¡El, que, no obstante y ser el fabricante de los coches más rápidos, odiaba la velocidad como al más terrible de sus enemigos!... Y, en realidad, tenía motivos para odiarla.

Al salir a la calle, el pobre señor se vió a punto de tener que pagar otra multa por exceso de lentitud. Su coche iba tan despacio que dificultaba la circulación y el regulador del tránsito se vió en la precisión de llamarlo al orden.

¿Pero acaso se ha creído usted que va en una procesión, caballero? ¡Apresúrese! De lo contrario, me veré en la precisión de imponerle una corrección por interrumpir el tránsito.

—¡Multas por correr, multas por ir despacio!... ¿Sabes, hija mía, que dentro de poco no vamos a poder vivir en este país? ¡Horroso, horroroso!...

III

Alfredo Merrit era uno de esos hombres que actualmente se denominan «hombres de prensa», para quienes todos los procedimientos que conducen a un ansiado fin son buenos, siempre que proporcionan el éxito. Era fabricante de una marca internacional de autos de carrera. Su negocio, por lo tanto estaba colocado bajo la égida de una diosa moderna: la diosa velocidad.

Al penetrar en su despacho, lo encontramos con el jefe de sus talleres y el agente general de negocios, sumidos los tres en animada conversación.

—Si queremos ganar el campeonato—decía Merrit—es indispensable añadir a nuestros coches la válvula de Stover.

—¡Pero eso no puede ser!—protestó el mecánico—. ¡Esa válvula está patentada por Stover y nadie puede aplicarla sin su consentimiento!

—Yo opino que en cuestiones de negocio no hay que vacilar... Si necesitamos las patentes de Stover... las adquirimos, y en paz.

Y, uniendo la acción a la palabra, Merrit tomó el teléfono para comunicar con el Banco Nacional. Sabía él que Stover estaba gestionando un préstamo con dicho Banco y, como presidente que era del Consejo de Administración, ordenó al director suspendiera toda clase de negociaciones.

Opinaba el hombre de presa que con la denegación del mencionado crédito, Stover no podría hacer frente a los compromisos contraídos por el exceso de producción, y, por consiguiente, al echársele encima los vencimientos sin haber realizado todavía las ventas, el fabricante de coches no tendría más remedio que someterse a su voluntad. Era la única manera de poder conseguir las codiciadas patentes.

IV

Llegó el baile organizado por los socios del club a que Jenaro pertenecía y Loló fué una de las primeras invitadas. Cuando el intrépido automovilista penetró en la sala hallábanse los concurrentes en pleno apoteosis «charlestonista», y Loló ¡cómo no! era una de las que se encontraba más en su centro, trazando las contorsiones más inverosímiles.

Jenaro buscó ansioso a su amigo para que le presentara «su alma gemela».

—Veo—le dijo—que la niña de Stover ha aceptado la invitación. ¿Quieres presentármela?

En contra de lo que esperaba, el joven tuvo una acogida bastante fría. Loló sentía todavía la comezón de la herida que el pollo había inferido a su amor propio de consumada carreterista y a la sonrisa del galante Jenaro correspondió con un mohín de desprecio.

—¿Cómo es que no ha traído usted al baile

su precioso «cacharro»?—le dijo en tono de burla.

—Le advierto que ese cacharro que usted dice deja tamañitos a muchos coches de lujo. Yo lamento haber herido su amor propio de corredora invencible y me atrevo a hacerle observar, que si en la carretera somos ene-



mos irreconciliables, no hay ninguna razón para que fuera de ella no seamos los mejores amigos del mundo. Al menos, tenemos algo que nos aproxima y este algo es nuestra comunidad de aficiones, si no quiere usted que sea nada más...

—¿Sabe usted lo que le digo?

—¿.....?

—¡Que es usted un gran corredor en todos

los terrenos... en la pista y fuera de ella! Calma, amigo mío, calma.

—Ese título de amigo que acaba de darme creo que me autoriza a pedirle el próximo baile, ¿verdad?

—¡Se equivoca usted, joven carrerista!... Con usted no quiero yo ni gloria.

Y, trazando con sus labios un gracioso mohín, que queriendo parecer rencoroso tenía mucho de prometededor, la linda muñeca entregóse a la vorágine de la danza en brazos del primero que vino a solicitarle.

Jenaro se alejó con la convicción de que a la linda motorista no le había sido indiferente su personilla. «Hoy me desprecia porque todavía tiene indigestado el disgusto—pensó—, pero mañana es casi seguro que pensará de otra manera.» Lo importante para el muchacho era haber roto el hielo por medio de la presentación; el resto corría de su cuenta.

El viejo Stover, padre ante todo, se creyó en el caso de evitar el que su hija fuera a parar a la cárcel, según le había prometido el juez, y cosió un chófer a sus faldas. De esta manera, ante la ley, los responsables de sus locuras eran los conductores del coche, que, por cierto, no conservaban su empleo más de dos o tres días.

Cuando volvemos a verla la encontramos en plena manía de velocidad, pisando sin cesar el acelerador del motor para imprimir al coche la máxima a despecho de las protestas del conductor, que, por lo visto, no tenía malditas ganas de romperse los huesos contra la cuneta.

Fuera por exceso de velocidad o por impericia del conductor, ello es que al tomar una curva el coche salió de la carretera y estuvo a punto de despeñarse por un terraplén.

—¡Usted, por lo que veo, se ha propuesto enterrar a un chófer!—exclamó el conductor, apeándose del vehículo con semblante cadavérico—. Pero lo que es a mí no me entierra usted... ¡Ahí queda eso que yo le tengo mucho cariño a la epidermis, señorita!... ¡Y ya veremos cómo se las arregla usted para cambiar el neumático!...

Aprovechó el cuidado la circunstancia de tomar un camión que en aquellos momentos acertó a cruzar por tal paraje y, subiendo al pescante, exclamó:

—Gracias, compañero. Con esa señorita no hay chófer que aguante; ya tiene dos en la cárcel y uno en el hospital.

Conduciendo un coche Loló era un «as», pero toda la prosa del oficio de mecánico resultaba para ella un enigma indescifrable. Cogió varias veces las herramientas e intentó despejar la rueda trasera del coche... ¡Inútil toda tentativa! La empresa resultaba muy superior a sus fuerzas.

Mas, ¡oh, Providencia! Como llovido del cielo apareció Jenaro con su «cacharrito», que ni tenía «pannes», ni se permitía el lujo de saltar fuera de las cunetas, y se ofreció soícito a reparar la avería del coche de su amada.

La casualidad quiso que detrás del joven llegara Merrit, rendido adorador de Loló, no por amor, ya que éste no tenía cabida en el corazón del hombre de negocios, sino por es-

peculación. Para Merrit la amistad de la muchacha era una cuestión de cálculo.

—Fíjese usted, amigo Merrit, qué disgusto... Mi último chófer me ha dejado plantada. Menos mal que este joven se ha ofrecido...

La ayuda de Jenaro fué para la joven un nuevo motivo de mortificación. La verdad es que la agradecía, pero al mismo tiempo le molestaba. Hubiera dado cualquier cosa porque en lugar de ser Jenaro el que venía a favorecerla hubiese sido cualquier desconocido. No sabiendo cómo desahogar su rabieta, dejó en sus manos un billete de diez dólares y, sin darle tiempo a que se lo devolviera, montó en el auto de Merrit.

—Cuando termine—le ordenó cual si hubiese sido criado—, haga el favor de traer mi coche a Barney... Allí le esperaré.

—Ahora va usted a ver lo que es correr—dijo Merrit a la muchacha a tiempo que ésta subía al estribo—. Tengo el prurito de poder decir que a mi coche no lo adelanta nadie.

Jenaro, con el billete entre las manos, quedó como ensimismado. Tentaciones le dieron de arrojarlo a la cara de «su alma gemela» y decirle cuatro verdades bien claras. No obstante, supo dominar sus nervios; pensó que tarde o temprano le llegaría el desquite y comenzó a reparar el coche con febril actividad. Quería darle a Merrit una lección que no se le iba a olvidar en su vida.

En menos que cuesta el contarlo, colocó la rueda, arregló una bujía y salió en directa, a todo gas. Cinco minutos más tarde ya estaba pidiendo paso al coche del jactancioso Me-

rrit, que con gran sorpresa suya vió cruzar por su lado el auto de Loló cual llevado por las alas del demonio.

—¿Te convences ahora, Nanuk, de que somos unos tíos? ¿Te convences de que no hay nadie que sea capaz de aventajarnos en el manejo del volante? Ahora sabrá esa señorita lo que Jenaro Brooks es capaz de hacer con un Stover que en sus manos sólo sirve para empujarlo en las cunetas y terraplenes.

Nanuk, como si adivinara lo que le decía su amor y señor, limitábase a lanzar algunos gruñidos de satisfacción, y de cuando en cuando volvía la cabeza hacia atrás, sin duda para ver la distancia que les separaba de sus perseguidores.

Aquella proeza de Jenaro le valió la admiración definitiva de la linda muñeca de sus ensueños y ¿por qué no decirlo? también un poco de amor, que en los juegos de Cupido el entusiasmo y el cariño no suelen ir muy distanciados.

V

Al llegar al club Loló no sabía cómo expresar su admiración.

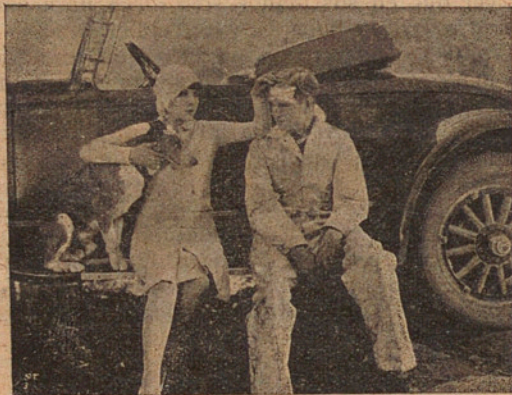
—¡Es usted un coloso, amigo mío; un verdadero coloso! Pero ¿cómo se las ha arreglado usted si mi coche no ha llegado nunca a ciento veinte?...

—¡Oh, eso no es nada!...—repuso él, dándose importancia—. Yo acostumbro a correr

siempre a ciento cuarenta... No hice más que limpiar una bujía.

—¿Y qué le ha parecido mi auto?

—Es el único coche digno de llevar una joven tan bonita como usted... Con unos cuantos perfeccionamientos tengo la seguridad de que su marca sería la más veloz del mundo.



—¿Sería usted capaz de introducir esos perfeccionamientos de que habla?

—Pidiéndomelo usted, soy capaz de hacerlo nuevo si es preciso.

El señor Stover estaba atravesando uno de los más serios trances de su vida. Atacado por manos invisibles, veía cómo una tras otra se le cerraban todas las puertas de salvación para su negocio, en crisis. El Banco le había denegado rotundamente el crédito sin explica-

ción alguna, cuando ya casi lo tenía concedido y no podía colocar un coche ni por casualidad. En tales circunstancias las reservas de dinero se iban agotando rápidamente.

Pasaron algunos días de incertidumbre en los cuales se fué agriando más y más su carácter. Por fin, una mañana, cuando ya llevaba dos o tres semanas de cavilar sin encontrar en modo alguno la solución, se presentó en su despacho monsieur Lefever, director de un importante Sindicato distribuidor, que, como tentáculos gigantes, extendía sus ramas por toda Europa.

En su visita a las oficinas Stover, M. Lefever anunció que haría su pedido a la marca vencedora en la próxima carrera. Para obtener el premio era preciso, pues, tomar parte en el concurso, a lo que se negaba resueltamente el fabricante, pese a las cálidas exhortaciones de Lo'ó, que ante el solo hecho de pensar que sus coches podían salir a la pista en ruda competición con las marcas más reputadas, palmoteaba de alegría.

Para Stover el conflicto era tremendo: de un lado estaba su testarudez, que no era poca, y de otro la salvación del negocio, al cual había dedicado su vida entera.

Encerrado en su despacho, el viejo tenía frecuentes soliloquios.

—Pues no, señor; no tomo parte, ¡no y no! ¡Que se hunda el negocio! ¡Que se hunda todo!... ¡Que me hunda yo! Dije que no me presentaría nunca a una carrera, y vaya, no me presento... La palabra es palabra... Stover no se vuelve atrás. Si el Banco Nacional

no me da el crédito, me lo dará otro; el que sea...

Y, tras estos decididos propósitos, venía luego la reacción; veía los obreros parados, la fábrica cerrada, su casa en ruina... Gruesas gotas de sudor perlaban su frente, orlada de cabellos grises. Pero él era fabricante de autos y no de aeritos para que las gentes se rompiesen la cabeza.

En uno de estos momentos llegó su hija, más cariñosa que de ordinario.

—Te veo—exclamó su padre—. Ya me supongo lo que me vienes a decir: que tienes otro chófer en la cárcel...

—Te equivocas, papá. Vengo a pedirte un favor muy grande...—replicó ella, multiplicando sus caricias—. Quiero que me des tu auto de carreras...

—¡No, no y no!

—¡Sí, sí y sí!

—¡Yo digo que no!

—Papá, mira que te lo pide tu hija... que nunca te pide nada...

—¡Pero, hija mía, si siempre estás pidiendo! ¿Cómo te atreves?...

—Tiene razón su hija, señor Stover—exclamó Merrit, entrando—. Solamente que usted no la ha dejado terminar la frase. Ella quiso decir que nunca le pide nada que no sea razonable, ¿verdad, Loló?

Y como la lucha contra dos enemigos era imposible, el buen Stover acabó por acceder... y por marcharse.

—Muchas gracias, señor Merrit; con su

oportuna intervención acaba usted de hacerme un favor que no olvidaré nunca...

—Y yo venía a pedirle a usted otro, que, si accede, tampoco lo olvidará usted... Le ruego que me escuche en serio una sola vez, Loló... Usted sabe que yo la amo, que la adoro con toda la fuerza de mi alma...

—Perdóneme, usted, señor Merrit; pero por ahora no tengo otro amor que la velocidad...

Y la traviesa chiquilla marchó riendo, más contenta que nunca.

Momentos después salía Loló del garaje con el nuevo auto de carreras y Merrit abordaba allí mismo al señor Stover.

—Señor Stover, nosotros necesitamos hacer uso del diseño de su válvula. Estamos dispuestos a pagar por ella lo que sea necesario, sin regatear...

—¡Usted delira, señor Merrit!... ¡Ninguna patente mía será usada jamás por ninguno de mis competidores, aunque me estuviera muriendo de hambre!

—Allá usted... pero le advierto que algún día puede que le pese el no haberme hecho este pequeño favor...

—No hay para que decir que Merrit volvió a su oficina de pésimo humor y con la firme convicción de adaptar la válvula de Stover fuera como fuese, aun a trueque de ser descubierto. También a él se le había presentado M. Lefever y le había hecho idéntica proposición que a sus contrincantes.

Entretanto, Loló, rauda y veloz, llegaba con su coche al club donde sabía podría encontrar al simpático Jenaro, cuyas excepcio-

nales dotes de carrerista incomparable había decidido utilizar.

Efectivamente, tal como se lo había figurado, así sucedió. Allí estaba el jovencito de ojos azules y mirada soñadora. Al verlo se dirigió corriendo hacia él, con la satisfacción pintada en su rostro.

—No se puede usted imaginar la alegría que me da el encontrarle, Jenaro. Papá acaba de regalarme su nuevo auto de carreras, y, como no quiere presentarse en el próximo concurso, he pensado que usted podría preparar mi coche e inscribirlo con su nombre, secretamente, desde luego, porque si él se entera, es capaz de encerrarlo y no dejármelo sacar. ¿Puede contar con su ayuda?—le dijo, dándole una mirada que hizo estremecer al deportista de pies a cabeza.

—Puede usted contar con mi ayuda y con todo lo que quiera. Sus deseos son para mí órdenes divinas...

Se entendieron. ¿Cómo no habían de entenderse si ya casi podía decirse que no podían pasar el uno sin el otro? Acto seguido comenzaron a poner en práctica el plan ideado por la hermosa chiquilla. Buscaron una caseta solitaria en las afueras de la ciudad, y colocaron allí el vehículo, lejos de toda mirada indiscreta.

Jenaro instaló en aquel refugio provisional su garaje y taller de reparaciones y acto continuó, bajo la vigilancia de Loló, comenzaron los preparativos para introducir en el flamante Stover los perfeccionamientos que el joven

carrerista juzgaba necesarios a fin de salir triunfante en la prueba.

Pocas veces había tenido el simpático Jenaro un inspector tan exigente y al mismo tiempo tan encantador. Día y noche permaneció recluido en su caseta y al cabo de tres días ya tenía el coche en disposición de ser probado. Aquella premura suponía otro «record» de velocidad, de aquella velocidad tan adorada por la encantadora muchacha, que sentía por su héroe y asociado una simpatía rayana en la adoración.

En los talleres Merrit tampoco perdían el tiempo. Tomaron dos válvulas de las fabricadas por Stover y, arregladas convenientemente, adaptáronlas a los dos motores de carrera preparados para el gran certamen.

VI

Al cuarto día de los hechos que llevamos referidos, Jenaro y su adorada, enfundados en sendos guardapolvos de corredores, salieron a probar la joya en la cual cifraban todas sus esperanzas de amor y fortuna.

En la caseta, y por lo que pudiera suceder, dejaron al fiel Nanuk al cuidado de todos los enseres de trabajo.

—Tú quédate aquí, Nanuk—le dijo su dueño—y como acierte a entrar alguno de los muchos pillos que andan sueltos por el mundo o

asome la nariz por la ventana quítase la de un bocado.

Al poco de salir de su escondite, Jenaro y Loló viéronse perseguidos por los coches de Merrit que a la razón también habían salido a efectuar pruebas de velocidad. Y con gran desesperación de este último vieron que un coche



desconocido, un Stover tripulado por no sabía quién, les comía el terreno de manera desesperante.

— ¡Hay que alcanzar a ese coche cueste lo que cueste para saber quién lo conduce! — dijo Merrit a su mecánico—. ¡Como ese auto tome parte en la carrera estamos perdidos!

A la par de los automovilistas volaba un tren expreso: dos o tres kilómetros carretera

adelante se hallaba el paso a nivel. Era preciso cruzarlo antes que el tren para despistar a los perseguidores, cuyas intenciones no escaparon a los jóvenes.

— Quieren saber quiénes somos — decía Jenaro, apretando con toda su fuerza el acelerador — pero me parece que les va a costar trabajo.

Hubo un momento en que parecía imposible llegar al cruce antes de que pasara el tren interminable. El mismo Jenaro, cuyo valor y decisión estaban bien probados, tuvo un momento de duda antes de lanzarse a través de la vía.

¡Cruce... cruce usted sin miedo, o estamos perdidos! — exclamó Loló en un arranque de energía. Y el auto pasó casi rozando la máquina. Fueron unos momentos de ansiedad indescriptible... Al otro lado de la vía quedaban los contrarios detenidos por la mole arrolladora.

Jenaro y Loló, lograron escabullirse gracias a este rasgo de intrepidez. Locos de contento, volvieron a su caseta y guardaron el coche, en cuyos nervios de acero tenían depositadas las máximas esperanzas.

Loló sobre todo, no había en sí de satisfacción. Para ella el ganar la carrera lo representaba todo. El triunfo más grande que podía soñar como corredora invencible, ya que pensaba tripular el coche al lado de Jenaro y compartir con él las glorias del éxito: la salvación del negocio de su padre, y en último término, lo que parecía menos interesante en principio y al final había tenido que convenir en que era lo que le interesaba más... El amor

de su adorado ídolo, que en plena apoteosis de triunfo tenía la seguridad de que sería aprobado por su padre.

Alentada por tan risueñas esperanzas marchó a su casa, contando las horas que faltaban para la gran prueba. Aquella tarde intentó una vez más el convencer a su padre para que se inscribiera en el próximo certamen pero todo fué inútil; el viejo testarudo seguía oponiéndose con mayor tesón que nunca. Había que dejarlo por imposible...

Mientras tanto, Merrit, no perdía el tiempo. Se había propuesto averiguar el escondrijo de su rival y al efecto, destacó a varios agentes para que dieran con él, costara lo que costase.

Faltaba tan sólo un día, cuando tres de sus compinches penetraron en el despacho con la gran noticia y aquella misma noche, los tres desalmados, siguieron las instrucciones del hombre de presa, asaltaron la caseta.

Jenaro dormía profundamente, rendido por la ruda tarea de un día de intenso trabajo, pero a su lado se hallaba Nanuk, siempre alerta y entonces más que nunca, cual si el inteligente animal hubiese comprendido la importancia de su misión, comenzó a lamer la cara de su amo, sin emitir ni el más leve gruñido.

El primero que saltó por la ventana lanzóse de improviso sobre Jenaro. Este ya despierto envolvió al ladrón en su propia manta y de dos soberbios puñetazos lo dejó tendido en tierra, privado el sentido.

Vino luego la lucha con los otros dos; cruenta, terrible... Nanuk por un lado y Jenaro por el otro portáronse como dos bravos. En cinco

minutos quedaron los asaltantes dominados, sangrantes sus carnes y las ropas hechas girones por los dientes del feroz can.

Jenaro, ligó a los dos desconocidos, que muertos de miedo yacían en un rincón fija su vista en Nanuk y salió en busca de un teléfono para llamar a la policía.

Su corta ausencia fué aprovechada por el envuelto en las mantas, que al ver a sus compañeros en tan apurada situación salió como alma que lleva el diablo a contar a Merrit el fracaso de su expedición.

—Lástima que te hayas dejado escapar a ese granuja—dijo Jenaro al volver y comprobar la desaparición de uno de sus enemigos—Te has portado como un héroe, Nanuk, pero el haberte dejado marchar a ese punto nos va a costar un disgusto serio. A estas horas ya lo sabe Merrit y debe estar preparándose otra emboscada...

Y no se equivocaba. Tan pronto como el sujeto en cuestión llegó a las oficinas y explicó las causas de su fracaso, Merrit tomó las medidas necesarias a fin de que la segunda tentativa no le resultara fallida.

VII

Apenas había despuntado el sol que vino a barrer las sombras de aquella noche agitada, cuando se presentó en la cabaña la encantadora Lo'ó.

—¡Vengo emocionadísima, Jenaro! ¡Solamente de pensar que hoy es el día de nuestro triunfo me entra un temblor nervioso!... ¿Pero qué veo? Los dos heridos—dijo pasando su vista del joven al perro y viceversa—¿Cómo ha sido eso?

—Nada; Nanuk y yo que nos hemos permitido el lujo de boxear con unos visitantes nocturnos... Por fortuna, gracias a la valentía y olfato de mi buen can, no ha pasado nada...

—¡Pero esto es inaudito, Jenaro!...—exclamó ella furiosa luego que el joven hubo terminado el relato de lo sucedido—Temo que estos malvados volverán a la carga y nos darán algún que sentir...

—¡Bah, yo no lo creo! Por lo pronto, en espera de que llegue la hora, voy a dar una vuelta con el coche para ver si todo está conforme. Espéreme aquí. A mi regreso iremos a la pista.

En una de las revueltas de la carretera por donde debía pasar Jenaro con su auto, había una cuadrilla de esbirros de Merrit, discutiendo con animación.

—¡Esta vez no se nos escapará!—decía uno de ellos—¡Tiene que pasar forzosamente por aquí y en cuanto se acerque!...

Apenas había concluido el desconocido de pronunciar la frase, apareció el «Stover» en cuestión. Al verlo ya cerca, los desalmados pusieron su auto en medio de la carretera, de forma que interceptaba el paso por completo y cuando el joven se detuvo, antes de que pudiese saber con quién se las había, recibió en

pleno occipucio un tremendo golpe, quedando sin conocimiento.

Acto seguido, los asaltantes depositaron al intrépido automovilista en un bosquecillo cercano y emprendieron la fuga, llevando consigo el coche.

Uno de los desconocidos telefoneó a Merrit:

—Ya tenemos el coche en lugar seguro, patrón.

—Seguid mis instrucciones al pie de la letra... ¡Qué no vaya a fracasar este golpe como fracasó el otro.

De acuerdo con las instrucciones del «patrón» los desconocidos emprendieron la marcha y fueron hasta una cabaña aislada.

Loló no comprendía como Jenaro tardaba tanto en regresar. Temerosa de que le hubiese ocurrido algún accidente, o de que se hubiese encontrado con algunos de los componentes de la banda que le asaltó la noche anterior, montó en su coche y siguió las huellas del otro. Al llegar al punto donde fué asaltado Jenaro vió su gorra en el suelo; por las señales que allí había dejado el auto de los asaltantes, al cruzarse en el camino, supuso que allí debía haber ocurrido algo y al efecto, se internó por las matas, descubriendo a su amado que en aquel instante trataba de incorporarse.

Sin tiempo casi de saber lo sucedido siguieron ambos el camino emprendido por los otros y llegaron hasta la solitaria caseta cuando ya los agentes de Merrit se alejaban de allí, consumada su fechoría. La barraca en cuestión, llena de bidones de bencina, ardía por los cua-

tro costados. Rápido como el pensamiento, Jenaro derribó la puerta y pudo lograr sacar el auto fuera. Por fortuna, las llamas todavía no habían llegado al coche.

—¡Atrás, atrás en seguida!...—gritó a su amada—. ¡Hay bidones de bencina que pueden estallar de un momento a otro. Yo me voy al autódromo, que no faltan más que treinta minutos...

Los dos jóvenes, cada uno en su auto, alejaronse de allí a toda prisa. No habían andado unos cien metros cuando la caseta saltó por los aires en medio de un estruendo horroroso.

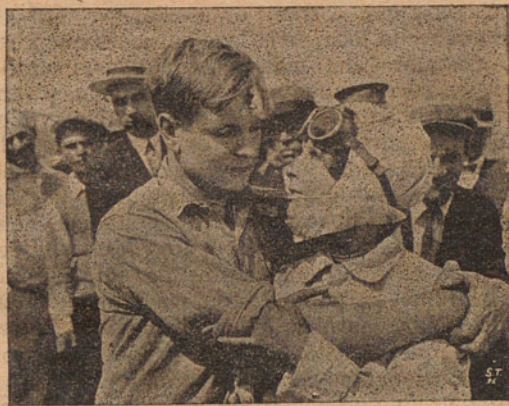
Jenaro y Loló, impulsados por el deseo de llegar a la pista, volaban más que corrían, carretera adelante. Cerca del autódromo el intrépido motorista sintióse acometido de súbito por un desfallecimiento general. Nublósele la vista y tuvo que parar en seco, quedando momentos después sin conocimiento.

Las quemaduras, el golpe, la emoción de tantos y tantos episodios sucedidos en el curso de unas horas, habían acabado por vencer su robusta naturaleza... Fueron inútiles cuantos esfuerzos realizó Loló para sacarlo de aquel sopor en que yacía. Desde luego, la joven comprendió que se trataba de un desvanecimiento pasajero, que lo mismo podía durar una hora que dos minutos y, ante la premura del tiempo, adoptó una resolución suprema: se vistió con las ropas de Jenaro y sacó a éste a un lado de la carretera, con la esperanza de que lo recogería algún viandante.

Antes de marchar depositó un prolongado beso sobre los labios del héroe, como premio

a tantos sufrimientos, y, confortada por el suave contacto de aquella boca que tan dulces sonrisas tenía para ella, partió cual despedida por el rayo. En aquel preciso instante daban la salida en el autódromo.

Uno de los empleados del mismo se acercó al director:



—Todos los coches inscritos se hallan dispuestos. Falta solamente el de Jenaro Brooks, que todavía no se ha presentado, y ya pasa un minuto de la hora. ¿Qué hacemos?

—Dé usted la salida y si Brooks se presenta antes de la tercera vuelta, permítale la entrada...

Estaba todavía Loló a unos cientos de metros del autódromo cuando oyó los

dicadores del comienzo de la carrera. Entró en el autódromo en directa y se agregó al pelotón cuando ya concluían la segunda vuelta al circuito.

La llegada del nuevo participante fué saludada por una salva de aplausos. Loló comenzó a correr como una posesa. En aquel momento tenía sus nervios desatados, en plena borrachera de vértigo. No quitaba la vista de los monstruos que corrían ante ella.

Su cabecita loca, más loca entonces que nunca, no albergaba más que un pensamiento: correr... correr, aunque perdiera la vida, y vencer a todos aquellos titanes que, en danza apocalíptica, parecían rodar con la rapidez de meteoros... Cada vuelta veía con entusiasmo que pasaba más y más contrincantes... Por último, logró recuperar las dos vueltas de ventaja y situarse al lado del equipo Merrit. Fueron para ella unos momentos de emoción indescriptible. El público, como movido por un resorte, se levantó de las tribunas cual si presintiera que aquellos segundos iban a ser los más emocionantes de la carrera.

Al dar un viraje, uno de los coches de Merrit quedó cruzado en el centro de la pista y, a impulsos de la inercia, saltó por los aires cual lanzado por gigantesca catapulta... Loló, a despecho de la tragedia, continuó volando sobre la cinta de cemento, insensible a todo lo que no fuera su propio triunfo...

El señor Stover, avisado por uno de los empleados de su casa, al saber que un coche de su marca se había inscrito en el certamen, corrió a impedirlo. Era ya tarde y no tuvo más

remedio que conformarse. Al ver que su marca iba a la cabeza, el buen hombre creyó volverse loco de alegría. Casi llegó a romperse las manos de tanto aplaudir y, sin darse cuenta de que se jaleaba a sí mismo, con la consiguiente hilaridad de los circunstantes, no cesaba de gritar:

—¡Viva Stover!... ¡Viva el mejor fabricante de autos del mundo!...

La emoción del buen señor corría parejas con la de Jenaro, que, repuesto ya de su desfallecimiento momentáneo, había logrado llegar al autódromo.

Al terminar la carrera, Stover rompió el cordón de fotografías y reporteros y se precipitó en brazos del desconocido conductor.

—Quien quiera que seas, eres un tío y desde este momento quedas nombrado mi corredor oficial en todos los certámenes que se organicen!

¡Calcúlese la sorpresa del viejo cuando el conductor se levantó las gafas y se encontró con su propia hija!...

Acto seguido se acercó M. Lefever.

—Prometí que mi pedido sería para el vencedor de la carrera y haciendo honor a mi palabra, vengo a presentarle un contrato de compra por diez mil coches.

El señor Stover se desplomó en brazos de Jenaro. Realmente para el buen hombre eran demasiadas emociones en una sola mañana.

—Estamos salvados, hija mía... ¡Salvados! Este triunfo es tuyo, exclusivamente tuyo—dijo emocionado Stover cuando recobró el do-

minio de sus facultades perdidas por el exceso de alegría.

—Mío, no, papá. En realidad, el artífice de la victoria ha sido este joven que tengo el honor de presentarte como tu futuro yerno. El ha expuesto su vida tanto o más que yo y no sería justo que me atribuyera yo sola los laureles...

—No olvide usted a mi Nanuk, Loló—repuso el joven, señalando al perro—. Si él no me hubiera despertado lamiéndome la cara y luchado después con más valor que un legionario, a estas horas la marca «Stover» no habría logrado el éxito que acaba de alcanzar.

Pocos días después, cuando ya la Prensa hubo cesado de propalar los nombres de los héroes cuyas proezas fueron durante dos semanas la comidilla de la ciudad entera, y Merrit, con sus secuaces, purgaban en la cárcel su falta de escrúpulos, un amable pastor unía los destinos de los intrépidos corredores.

Terminada la ceremonia partieron sobre un lujoso «Stover» hacia la felicidad y cosa rara... salieron despacio, muy despacio. Hubiérase dicho que tenían la seguridad de alcanzarla sin correr.

FIN

